

*asociaciones y los movimientos, que sin duda alguna son una riqueza. La Iglesia ha de valorizar estas realidades y, al mismo tiempo, conducir las con sabiduría pastoral, para que contribuyan del mejor modo posible con sus propios dones a la edificación de la comunidad, sin competir nunca unas con otras, construyendo cada una, por decirlo así, su propia iglesita, sino respetándose y colaborando juntas en favor de la única Iglesia, de la única parroquia como Iglesia del lugar, para suscitar en los jóvenes la alegría de la fe, el amor a la Iglesia y la pasión por el Reino de Dios. Creo que precisamente este es otro aspecto importante: esta auténtica comunión, por una parte, entre los diversos movimientos, cuyas formas de exclusivismo se deben eliminar, y, por otra, entre las Iglesias locales y estos movimientos, de modo que las Iglesias locales reconozcan esta particularidad, que a muchos parece extraña, y la acojan en sí como una riqueza, comprendiendo que en la Iglesia existen muchos caminos y que todos juntos forman una sinfonía de la fe. Las Iglesias locales y los movimientos no son opuestos entre sí, sino que **constituyen la estructura viva de la Iglesia**» (21 de agosto de 2005, A los obispos de Alemania).*

Los pastores, pues, están llamados a valorizar plenamente las posibilidades que ofrecen las nuevas realidades asociativas: «*Me parece que precisamente durante el pontificado del Papa Juan Pablo II se creó una fecunda unión entre el elemento constante de la estructura parroquial y el elemento —digamos— "carismático", que ofrece nuevas iniciativas, nuevas inspiraciones, nuevas animaciones. Bajo la sabia guía del cardenal vicario y de los obispos auxiliares, todos los párrocos pueden juntos ser realmente responsables del crecimiento de la parroquia, asumiendo todos los elementos que pueden venir de los movimientos y de la realidad viva de la Iglesia en diversas dimensiones*» (13 de mayo de 2005, Al clero de Roma).

# Los movimientos y las nuevas comunidades en palabras del Santo Padre Benedicto XVI

---

(<http://www.laici.org/index.php?p=benedettomovimvescovi#esp>)

La atención de los fieles y de los pastores, deseosos de profundizar las enseñanzas de Benedicto XVI sobre los movimientos eclesiales y las nuevas comunidades, se ha concentrado sobre todo en las palabras pronunciadas en el memorable encuentro de la *Vigilia de Pentecostés* de 2006 y en el mensaje enviado con ocasión del Congreso convocado como preparación a ese evento.

Durante la Vigilia, el Papa subrayó, entre otras cosas, que el Espíritu Santo da la vida y la libertad, y que «*los movimientos han nacido precisamente de la sed de la vida verdadera*» y que «*quieren y deben ser escuelas de libertad, de esta libertad verdadera*». Dirigiéndose unos días antes al Congreso, había afirmado que estas nuevas realidades eclesiales «*son hoy signo luminoso de la belleza de Cristo y de la Iglesia, su Esposa*». Se trata evidentemente de indicaciones fundamentales que merecen ser conocidas y profundizadas cada vez más.

En muchas otras ocasiones el Pontífice se ha detenido también en este argumento trazando las líneas fundamentales para una recta comprensión de la «*nueva época asociativa de los fieles laicos*» (Christifideles Laici, 29). Quisiéramos mencionar aquí algunas de estas enseñanzas “sueltas”, porque quizás no todos las conocen o han comprendido la importancia.

Benedicto XVI ha acentuado, en repetidas veces, que los movimientos y las nuevas comunidades no tienen su origen en iniciativas humanas, sino que **son un regalo del Espíritu Santo**, tal como lo es la Iglesia misma: «*Entre las realidades suscitadas por el Espíritu en la Iglesia están los movimientos y las comunidades eclesiales... Toda la Iglesia, como solía decir el Papa Juan Pablo II, es un único gran movimiento animado por el Espíritu Santo, un río que atraviesa la historia para regarla con la gracia de Dios y hacerla fecunda en vida, bondad, belleza, justicia, y paz*» (4 de junio de 2006, Regina Coeli).

Estas nuevas realidades son consideradas por el Papa como **un don para la Iglesia**, en particular para favorecer la actuación del Concilio Vaticano II: en los últimos decenios hemos asistido a un «*vasto florecimiento de asociaciones, movimientos y nuevas realidades eclesiales suscitados providencialmente por el Espíritu Santo en la Iglesia después del Concilio Vaticano II. Todo don del Espíritu Santo está originaria y necesariamente al servicio de la edificación del cuerpo de Cristo, dando testimonio del inmenso amor de Dios por la vida de todo hombre. Por tanto, la realidad de los movimientos eclesiales es signo de la fecundidad del Espíritu del Señor, para que se manifieste en el mundo la victoria de Cristo resucitado y se cumpla el mandato misionero encomendado a toda la Iglesia*» (24 de marzo de 2007, a los miembros de Comunión y Liberación).

*mismo tiempo, también debemos pensar que, a pesar de las grandes concentraciones de poder, precisamente la sociedad actual necesita la solidaridad, el sentido de la legalidad, la iniciativa y la creatividad de todos*» (1 de setiembre de 2007, A los jóvenes reunidos en Loreto).

Las familias encuentran un apoyo eficaz en las nuevas realidades eclesiales: «*También hoy los cónyuges pueden superar las dificultades y mantenerse fieles a su vocación, recurriendo a la ayuda de Dios con la oración y participando asiduamente en los sacramentos, especialmente en la Eucaristía. La unidad y la firmeza de las familias ayudan a la sociedad a respirar los auténticos valores humanos y a abrirse al Evangelio. A esto contribuye el apostolado de muchos Movimientos, llamados a actuar en este campo en armonía con las diócesis y las parroquias*» (13 de mayo de 2006, A la Asamblea plenaria del Consejo Pontificio para la familia).

En efecto, en nuestras sociedades disgregadas no es suficiente, aunque sí necesaria, la preparación a la celebración del sacramento del matrimonio, y de hecho «*las grandes crisis vienen después. Por eso, es muy importante el acompañamiento durante los primeros diez años de matrimonio. En la parroquia no sólo hay que promover los cursos de preparación, sino también la comunión en el camino que viene después: acompañarse y ayudarse recíprocamente. [...]. Es importante la presencia de una red de familias que se ayuden mutuamente. También los Movimientos pueden prestar una gran ayuda*» (24 de julio de 2007, Al clero de Belluno-Feltre y Treviso).

Por otro lado, precisamente en este campo «*hay una presencia crecientemente de movimientos laicales nacionales e internacionales que promueven la renovación de la vida matrimonial y familiar, así como una mayor vivencia comunitaria*» (8 de setiembre de 2005, A los obispos de México).

Benedicto XVI ha reconocido en muchas ocasiones la importancia de los movimientos y las nuevas comunidades para los jóvenes: en las respectivas «*parroquias, movimientos y comunidades, donde es posible hacer la experiencia de la grandeza y de la vitalidad de la Iglesia, los jóvenes serán capaces de vivir el trabajo como una vocación y una verdadera misión*» (28 de marzo de 2007, A los participantes en el IX Foro de los jóvenes).

El Papa pide a los jóvenes que sean protagonistas, que estén «*preparados para influir, con un testimonio auténticamente cristiano, en los ambientes de estudio y de trabajo*», para comprometerse «*en las comunidades parroquiales, en los grupos, en los movimientos, en las asociaciones y en todos los ámbitos de la sociedad*» (29 de marzo de 2007, A los jóvenes de Roma).

Las palabras de Benedicto XVI indican claramente el papel que pueden desempeñar las nuevas realidades eclesiales para ayudar a las parroquias y renovarlas: «*En el mundo juvenil desempeñan un papel importante las*

La colaboración con las nuevas realidades asociativas, pues, demuestra ser muy útil para la evangelización: «*Mi pensamiento se dirige, por tanto, a los sacerdotes, a los religiosos, a las religiosas y a los laicos que se prodigan, muchas veces con inmensas dificultades, en favor de la difusión de la verdad evangélica. Muchos de ellos colaboran o participan activamente en las asociaciones, en los movimientos y en las otras nuevas realidades eclesiales que, en comunión con sus pastores y de acuerdo con las orientaciones diocesanas, llevan su riqueza espiritual, educativa y misionera al corazón de la Iglesia, como preciosa experiencia y propuesta de vida cristiana*» (11 de mayo de 2007, A los obispos brasileños).

Un número creciente de fieles encuentra en los movimientos la oportunidad de recibir una formación adecuada, especialmente volviendo a descubrir los sacramentos de la iniciación cristiana: «*Cada comunidad cristiana está llamada a ser ámbito pedagógico que introduce en los misterios que se celebran en la fe. A este respecto, durante el Sínodo los Padres han subrayado la conveniencia de una mayor participación de las comunidades de vida consagrada, de los movimientos y demás grupos que, por sus propios carismas, pueden aportar un renovado impulso a la formación cristiana. También en nuestro tiempo el Espíritu Santo prodiga la efusión de sus dones para sostener la misión apostólica de la Iglesia, a la cual corresponde difundir la fe y educarla hasta su madurez*» (Sacramentum Caritatis, 64).

Por esta razón la presencia de los movimientos contribuye significativamente a la madurez del laicado: «*En las comunidades eclesiales de América Latina es notable la madurez en la fe de muchos laicos y laicas activos y entregados al Señor, junto con la presencia de muchos abnegados catequistas, de tantos jóvenes, de nuevos movimientos eclesiales y de recientes Institutos de vida consagrada*» (13 de mayo de 2007, En la V Conferencia del CELAM).

El compromiso de los fieles laicos en la cultura y en la política es determinante para mejorar las condiciones de vida en sus países, por lo tanto «*conviene colmar la notable ausencia, en el ámbito político, comunicativo y universitario, de voces e iniciativas de líderes católicos de fuerte personalidad y de vocación abnegada, que sean coherentes con sus convicciones éticas y religiosas. Los movimientos eclesiales tienen aquí un amplio campo para recordar a los laicos su responsabilidad y su misión de llevar la luz del Evangelio a la vida pública, cultural, económica y política*» (13 de mayo de 2007, En la V Conferencia del CELAM).

Naturalmente no todo se puede resolver con la política: «*La Iglesia viva, la Iglesia de las pequeñas comunidades, la Iglesia parroquial, los movimientos, deberían formar también centros en la periferia, para ayudar así a superar las dificultades que la gran política obviamente no supera. Al*

Sosteniendo esta tesis, Benedicto XVI es muy consciente de ponerse en perfecta continuidad con las enseñanzas de Juan Pablo II: «*Mi venerado predecesor Juan Pablo II presentó los movimientos y las nuevas comunidades surgidas en estos años como un don providencial del Espíritu Santo a la Iglesia para responder de manera eficaz a los desafíos de nuestro tiempo. Y ustedes saben que ésta es también mi convicción*» (8 de febrero de 2007, a los obispos amigos del Movimiento de los Focolares y de San Egidio).

El Papa desea una difusión cada vez mayor: «*Queridos representantes de los nuevos movimientos en la Iglesia, la vitalidad de sus comunidades es un signo de la presencia activa del Espíritu Santo. Su misión ha nacido de la fe de la Iglesia y de la riqueza de los frutos del Espíritu Santo. Deseo que sean cada vez más numerosos, para servir a la causa del Reino de Dios en el mundo de hoy*» (26 de mayo de 2006, a los representantes de los movimientos en Polonia).

Los movimientos manifiestan la variedad de los dones del Espíritu, todos necesarios para la edificación de la Iglesia, reunida en unidad gracias al ministerio de los obispos en comunión con el Papa: «*La multiformidad y la unidad de los carismas y ministerios son inseparables en la vida de la Iglesia. El Espíritu Santo quiere la multiformidad de los movimientos al servicio del único Cuerpo que es precisamente la Iglesia. Y esto lo realiza a través del ministerio de quienes Él ha puesto para gobernar a la Iglesia de Dios: los obispos en comunión con el Sucesor de Pedro*» (8 de febrero de 2007, a los obispos amigos del Movimiento de los Focolares y de San Egidio).

El origen carismático de los movimientos exige que sean acogidos por los obispos con atención y respeto, «**con mucho amor**», aunque tal oleada de novedades puede conllevar algunas situaciones difíciles: «*Después del Concilio, el Espíritu Santo nos ha regalado los “movimientos”. A veces al párroco o al obispo les pueden parecer algo extraños, pero son lugares de fe en los que los jóvenes y los adultos experimentan un modelo de vida en la fe como oportunidad para la vida de hoy. Por eso les pido que salgan al encuentro de los movimientos con mucho amor. En ciertos casos hay que corregirlos, insertarlos en el conjunto de la parroquia o de la diócesis, pero debemos respetar sus carismas específicos y alegrarnos de que surjan formas comunitarias de fe en las que la Palabra de Dios se convierte en vida*» (18 de noviembre de 2006, a los obispos alemanes).

No hay en la Iglesia contraposición alguna entre carisma e institución, sino complementariedad y recíproca compenetración: «*En el mensaje al Congreso Mundial de los movimientos eclesiales, el 27 de mayo de 1998, el siervo de Dios Juan Pablo II repitió que, en la Iglesia, no hay contraste o contraposición entre la dimensión institucional y la dimensión carismática,*

de la cual los movimientos son una expresión significativa, porque ambas son igualmente esenciales para la constitución divina del Pueblo de Dios. En la Iglesia también las instituciones esenciales son carismáticas y, por otra parte, los carismas deben institucionalizarse de un modo u otro para tener coherencia y continuidad. Así ambas dimensiones, suscitadas por el mismo Espíritu Santo para el mismo Cuerpo de Cristo, concurren juntas para hacer presente el misterio y la obra salvífica de Cristo en el mundo. Esto explica la atención con la que el Papa y los pastores observan la riqueza de los dones carismáticos en la época contemporánea» (24 de marzo de 2007, a los miembros de Comunión e Liberación).

El Papa sugiere dos reglas fundamentales para acoger a los movimientos: «La primera regla nos la ha dado san Pablo en la primera carta a los Tesalonicenses: **no extingan los carismas**. Si el Señor nos da nuevos dones, debemos estar agradecidos, aunque a veces sean incómodos. Y es algo hermoso que, sin iniciativa de la jerarquía, con una iniciativa de la base, como se dice, pero también con una iniciativa realmente de lo alto, es decir, como don del Espíritu Santo, nazcan nuevas formas de vida en la Iglesia, como, por otra parte, han nacido en todos los siglos. En sus comienzos fueron siempre incómodas: también san Francisco fue muy incómodo, y para el Papa era muy difícil dar, finalmente, una forma canónica a una realidad que era mucho más grande que los reglamentos jurídicos. Para san Francisco era un grandísimo sacrificio dejarse encastrar en este esqueleto jurídico, pero, al final, nació una realidad que vive aún hoy y que vivirá en el futuro: da fuerza y nuevos elementos a la vida de la Iglesia. Sólo quiero decir esto: en todos los siglos han nacido movimientos. También san Benito, inicialmente, era un movimiento. Se insertan en la vida de la Iglesia con sufrimiento, con dificultad. San Benito mismo debió corregir la dirección inicial del monaquismo. Y así también en nuestro siglo el Señor, el Espíritu Santo, nos ha dado nuevas iniciativas con nuevos aspectos de la vida cristiana: vividos por personas humanas con sus límites, crean también dificultades. Así pues, la primera regla: no extinguir los carismas, estar agradecidos, aunque sean incómodos.

«La segunda regla es ésta: **la Iglesia es una**; si los movimientos son realmente dones del Espíritu Santo, se insertan y sirven a la Iglesia, y en el diálogo paciente entre pastores y movimientos nace una forma fecunda, donde estos elementos llegan a ser elementos edificantes para la Iglesia de hoy y de mañana. Este diálogo se desarrolla en todos los niveles, comenzando por el párroco, el obispo y el Sucesor de Pedro; está en curso la búsqueda de estructuras adecuadas: en muchos casos la búsqueda ya ha dado su fruto» (22 de febrero de 2007, a los párrocos de Roma).

El Santo Padre reconoce en los movimientos uno de los frutos más evidentes de la renovación que supuso el Concilio Vaticano II. En efecto, su

nacimiento y su desarrollo nos ayudan a comprender con la luz adecuada el mismo Concilio: «debemos redescubrir la gran herencia del Concilio, que no es un espíritu reconstruido tras los textos, sino que son precisamente los grandes textos conciliares releídos ahora con las experiencias que hemos tenido y que han dado fruto en tantos Movimientos, en tantas nuevas comunidades religiosas» (24 de julio de 2007, Al clero de Belluno-Feltre y Treviso).

En nuestro mundo secularizado e individualista los movimientos despiertan en los fieles la conciencia de pertenecer a la Iglesia: «La forma eucarística de la vida cristiana es sin duda una forma eclesial y comunitaria. El modo concreto en que cada fiel puede experimentar su pertenencia al Cuerpo de Cristo se realiza a través de la diócesis y las parroquias, como estructuras fundamentales de la Iglesia en un territorio particular. Las asociaciones, los movimientos eclesiales y las nuevas comunidades —con la vitalidad de sus carismas concedidos por el Espíritu Santo para nuestro tiempo—, así como también los Institutos de vida consagrada, tienen el deber de dar su contribución específica para favorecer en los fieles la percepción de pertenecer al Señor (cf. Rom 14,8). El fenómeno de la secularización, que comporta aspectos marcadamente individualistas, ocasiona sus efectos deletéreos sobre todo en las personas que se aíslan, y por el escaso sentido de pertenencia. El cristianismo, desde sus comienzos, supone siempre una compañía, una red de relaciones vivificadas continuamente por la escucha de la Palabra, la Celebración eucarística y animadas por el Espíritu Santo» (Sacramentum Caritatis, 76).

Los movimientos y las nuevas comunidades, por tanto, han demostrado que saben contrarrestar de manera eficaz la difusión de la mentalidad relativista y, al mismo tiempo, reavivar y sostener la esperanza cristiana en las graves situaciones de pobreza que afligen a tantos pueblos: «En el rico mundo occidental, en el que, aunque está presente una cultura relativista, no falta sin embargo al mismo tiempo un deseo generalizado de espiritualidad, los movimientos testimonian la alegría de la fe y la belleza de ser cristianos. En las grandes áreas subdesarrolladas de la tierra comunican el mensaje de la solidaridad y se acercan a los pobres y a los débiles con el amor, humano y divino, que propuse de nuevo a la atención de todos en la encíclica *Deus caritas est*» (8 de febrero de 2007, A los miembros del movimiento de los Focolares y de la Comunidad de San Egidio).

La vitalidad de los movimientos los empuja a un serio compromiso misionero: «Un medio providencial para un renovado impulso misionero son los movimientos eclesiales y las nuevas comunidades: acójalos y promuévanlos en sus diócesis, porque el Espíritu Santo se sirve de ellos para despertar y profundizar la fe en los corazones y proclamar la alegría de creer en Jesucristo» (26 de mayo de 2007, A los obispos de Mozambique).